

genera la violencia. Sin embargo, no encuentran en el modelo de conducta de los padres, cuya experiencia es ajena a la suya propia, una pista que pueda proporcionarles una sensación de pertenencia al nuevo grupo.

Cuando un joven adolescente puede adherirse a un guía adulto, éste puede proporcionarle una conciencia profunda, pero también alienarlo a su propio grupo de pares. Algunos de estos solitarios ven en el liderazgo que ejercen sus contemporáneos la única vía de salir adelante, la justificación de su existencia. Sin embargo, los modelos que escogen estos jóvenes pueden ser de mayor o menor practicidad y están de acuerdo a la personalidad, normas y formas de vida que el guía escogido tenga. En la mayoría de los casos la imitación resulta extravagante, mal hecha, pero cuando el joven solitario pudo prepararse, adquirir experiencia en el "hogar modelo" (costumbres y cultura por encima de la media) puede convertirse en el líder de su grupo para encaminar, dirigir y transformar las actitudes humanas. Pero sólo es posible esto una vez que se ha pasado pacientemente por una época de transformación.

Los que se salen de la realidad, niegan todas las formas de conducta y vida humana, o se quedan en la parcial imitación, sólo les acarrea desconcierto y desesperación. La explicación de su conducta puede ser que los jóvenes menores de 25 años, que han nacido después de la detonación de la bomba atómica, nacieron con el miedo de la exterminación de la especie humana; no hace sentido luchar por nada y sólo les interesa vivir las circunstancias; pues al fin y al cabo, saben por la información y conocimiento que tienen, que las armas científicas constituyen medios inevitables de exterminio; viven con el temor y el miedo pues la realidad está allí: la guerra de Vietnam. ¡Qué porvenir! ¿Valdrá la pena luchar por él? O es mejor escapar de la realidad: pensar en sus ambiciones, en su vida cómoda o sólo en sueños, incapaces de cumplirse porque aún no se entiende el presente —menos el pasado— e incapaces de construir el porvenir.

Estos jóvenes no están preparados; quizás los mayores, que tienen todavía una cómoda identificación con el pasado, puedan dirigir a su grupo y encaminarlo a la creación del modelo futuro.

La lectura de este libro puede ayudar mucho a los jóvenes que, llenos de ambiciones y limitaciones, quieren comprender por qué la felicidad, la seguridad y la calma no se han hecho para ellos. Lo importante para todos es conocer las decisiones que han tomado los mayores en otras épocas difíciles y de destrucción; lo importante es saber la capacidad que se tiene para enfrentar situaciones concretas; lo importante es encontrar las soluciones de continuidad que resuelvan los problemas humanos de la comunicación y romper la soledad; reconocer la incommensurabilidad de la experiencia, estar dispuestos a escuchar y preguntar, porque así se puede iniciar una larga y placentera plática.

Los hombres, como tales, sólo tienen una responsabilidad: ser humanos, vitalmente humanos.

*Susana Hernández Michel*

Mellizo, Felipe. *El lenguaje de los políticos*. Barcelona, Ed. Fontanella, 1968.

Felipe Mellizo, periodista europeo, se propone en este libro estudiar el lenguaje de los políticos. Su trabajo, modesto, es una exposición más o menos sistemática de una serie de puntos, temas y datos que convergen para establecer la relación que

hay entre el lenguaje y los políticos. A pesar de las deficiencias del libro, la persona interesada en este tipo de estudios podrá sacar provecho del mismo.

El lenguaje surge con el *zoon politikon* que tiene necesidad de expresar lo que quiere, sus ideas, pensamientos, sentimientos y ambiciones. Para expresar su ambición y conseguirla por el dominio y el poder, el hombre se ve en la necesidad de expresarse por medio de palabras.

Cuando la política se ejerce en las estructuras sociales, la intención del lenguaje es política. Y es político en la medida que su intención es expresar lo que quieren la humanidad, la comunidad o el grupo; siempre hay un ambicioso —el líder— que destaca, logrando representar a todos.

Según Mellizo, el líder enseña a hablar con propiedad, comunica fórmulas y normas. La función del periodista es reproducir esa comunicación por todos los medios posibles, con el objeto de que sus seguidores repitan las fórmulas y hagan propaganda. De ahí que sea de gran interés pensar en la posibilidad de estudiar el lenguaje, a veces maniqueo, de los líderes políticos. Como muy bien apuntan los filólogos dedicados a estas cuestiones, el conocimiento de las palabras supone poder sobre ellas; sin embargo, el lenguaje político está tan cargado de emoción que esconde el sentido objetivo de las palabras.

Esta reflexión puede ser uno de los elementos que sirven para explicar el porqué algunos líderes, dentro de su dominio histórico, generan palabras y cambian el significado de otras. La experiencia política demuestra que las palabras adquieren distinto sentido, según se utilicen en la política dominante, según las emplee el líder, según sea su fuerza de convencimiento. Es importante señalar que las palabras, materia prima de la expresión, pueden dar la razón al líder, llegar con sus palabras a la gente; pero pierden sentido de verdad cuando la gente ya no las necesita, el exlíder, desesperado, buscará por siempre nuevas palabras que logren atraer nuevamente a la gente; pero la historia cambia y con ella sus líderes. El líder dura mientras la situación y el momento histórico lo permitan.

Como todos los símbolos, la palabra compromete, identifica, se vuelve tabú, mueve al hombre para eternizarlo e inmortalizarlo; la palabra en la historia de la humanidad se vuelve cada vez más necesaria. En ese afán de continuidad, de creación y representación constante, la opinión pública es imprescindible para todo líder que conoce el mecanismo de la sociedad que gobierna.

Es interesante establecer una relación entre líderes y propagandistas a partir de una somera observación que consiste en olvidar y tratar de esconder los errores que ha cometido; generando así tabúes para explicar su conducta. Los razonamientos que se dan, se convierten así en lazos para confundir. Es muy posible que, a partir de los rumores y confusiones que se generan, se establezca una relación entre la literatura y la política en donde se inventa y sintetiza la labor cotidiana del político.

Los aparatos estatales modernos han procurado sustituir la retórica por el tecnicismo. Cuando el político es guardián del rito oficial, procura hablar y escribir con muchas palabras técnicas, cuyo significado lo entienden muy pocos; posiblemente con la intención de reducir la libertad de expresión y la formación especializada de élites políticas y culturales que sostengan el aparato gubernamental.

El político que vive en esta sociedad, en donde se advierten muchos problemas de incomunicación, fácilmente tiene dos personalidades; la una, del tecnócrata, propia de su trabajo constante, cotidiano y agotador; y la otra, peculiar de su vida privada que, aunque rara vez pueda conseguirla, se caracteriza

por la búsqueda de sí mismo, y en la cual exterioriza sus ambiciones y su lenguaje se vuelve rico, joven, trivial, accesible a su grupo, con frecuencia vulgar, etcétera.

Un especial interés tiene Mellizo al apuntar la transformación semántica de tres conceptos: marxismo, socialismo y comunismo, manejados por los líderes políticos actuales. Señala que, por ejemplo, el término comunismo pierde su significado económico para convertirse en calificativo político; demostrando así que los términos que se manejan como científicos están cargados de ideología y que adquieren su distinta acepción según corresponda su utilización ideológica, a los dos polos de dominio que gobiernan al mundo contemporáneo. Finalmente propone la creación de un diccionario español que contenga las palabras con significado político que con mayor frecuencia se utilizan en los medios de comunicación colectiva.

Susana Hernández Michel

Myrdal, Gunnar. *Objetividad en la investigación social*. México, FCE, Breviario núm. 212, 1971.

Lograr la objetividad en la investigación social, e interpretación de los hechos históricos, ha sido una de las metas más anheladas en la sociología y demás ciencias del comportamiento. Este pequeño libro del economista sueco, resultado de una conferencia, ampliada posteriormente para fines editoriales, intenta mostrar los medios lógicos para lograr una mayor objetividad en la investigación.

Aun cuando el trabajo está dividido en XXIII enunciados, el desarrollo está centrado alrededor de tres aspectos fundamentales que pueden distorsionar la visión objetiva: La influencia de los escritos realizados por los especialistas, ensayistas y pensadores sociales, que contienen conceptos, ideas y nociones normativas y teleológicas de generaciones pasadas que son transmitidas como herencia, y que son producto de filosofías morales con fuerte tendencia metafísica del derecho natural y el utilitarismo; en segundo término, las influencias del medio ambiente —cultural, religioso, político, económico— de la sociedad en que está inmerso el investigador y, por último, lo que los antropólogos llaman la ecuación personal, esto es, los factores de la personalidad y la formación intelectual que interfieren en sus apreciaciones de la realidad.

Myrdal apunta una serie de medidas tendientes a disminuir en las encuestas de opinión las confusiones entre creencias, valoraciones y opiniones que es común encontrar en los cuestionarios. Previene sobre la necesidad que siente el individuo de “arreglar” sus valoraciones en tal forma que puedan presentarse de una manera ordenada y aceptable. Ejemplifica este problema con experiencias encontradas durante su investigación del problema negro en los Estados Unidos, observa que en el trato con esa minoría hay frecuentemente contradicciones agudas entre las valoraciones acerca de cómo debiera ser la sociedad y aquellas implícitas en su comportamiento diario. Sobre este tema la etnometodología ha logrado sistematizar un conjunto de reglas que permiten al observador percatarse de las situaciones en que el sujeto de investigación racionaliza sus opiniones y actitudes para adaptarlas a lo socialmente aceptado.

En otra parte el autor afirma que la investigación social siempre está basada, por necesidad lógica, en valoraciones morales y políticas, y el investigador debe obligarse a realizar un autoexamen explícito de ellos. En este sentido previene contra la tendencia tradicional y aun convencional en la investigación a que ésta sea lo que él llama “seudo objetiva” y ocultar las

premisas de valor implícitas en un enfoque particular, que lo debilitan como fuerza moral e intelectual de la sociedad.

Termina su libro con las secciones que tratan acerca de las inhibiciones, el escapismo teórico y las diferentes paradojas a las que está expuesto el intelectual que se dedica a la investigación y desentrañamiento del complejo mundo de los fenómenos sociales. Si bien Myrdal no trata el tema desde un punto de vista estrictamente metodológico, resulta valiosa su lectura en la medida en que ofrece sus experiencias como teórico y como investigador.

Raúl Béjar Navarro

Varios autores. *Industria cultural y sociedad de masas*. Venezuela, Monte Ávila Editores C. A., 1969.

Una de las interrogantes planteadas en torno a la llamada sociedad industrial es la forma en que la sociedad de masas ha ido caracterizándose por una determinada cultura que le es peculiar y no tiene antecedentes históricos. En este libro se reúnen los ensayos de conocidos especialistas en las ciencias del comportamiento que tratan desde diferentes ángulos el fenómeno de la cultura en la sociedad moderna industrializada. En el volumen se intenta acrecentar las corrientes de pensamiento que, según los editores, tienen cierta representatividad de enfoque.

Así, se incluyen los ensayos de Max Horkheimer y Theodor W. Adorno, como exponentes de la escuela de emigrados alemanes en los Estados Unidos que plantean el problema de acuerdo con su formación y experiencia europeas de tendencia hegeliana y marxista. Dwight MacDonald está incluido como representante del pensamiento crítico norteamericano. Edward Shils como sostén de la corriente del *statu quo* y del sistema establecido, teniendo además una visión optimista del futuro del régimen economicosocial imperante en Estados Unidos. Robert K. Merton y Paul Lazarsfeld contribuyen desde su posición de profesores universitarios a la crítica de la cultura de masas, con un análisis académico y un tanto ecléctico. Finalmente, el artículo de Daniel Bell es considerado como exponente de las corrientes analíticas surgidas en Norteamérica, y significativo en cuanto aglutina las diferentes perspectivas de estudio.

De la lectura de este libro se desprende que la acepción moderna del término cultura ha cambiado considerablemente al cotejarla con la definición del concepto dada por antropólogos, etnólogos y filósofos de la cultura. Quizá la diferencia más significativa estriba en el hecho de que la cultura, en su sentido tradicional, estaba basada en la continuidad de las normas y valores de vida, y el moderno en la variedad. En este sentido, el espectro de la cultura se ha extendido tan ampliamente, tanto cualitativa como cuantitativamente, que resulta prácticamente imposible encontrar un núcleo que pueda definir al hombre culto, de acuerdo a la concepción que el ciudadano común pueda tener de él.

Otro de los rasgos de la cultura “moderna”, es la preponderancia de la cultura visual. Los productos culturales de la sociedad industrial (programas de televisión, cintas cinematográficas, espectáculos teatrales al aire libre, etcétera) implican un consumo mediante los sentidos, de los cuales la visión es utilizada para orientar al público y hacerlo consumir productos elaborados de una manera uniforme. Lo que caracteriza esta nueva forma de manifestación de la cultura de masas, es que ésta no exige nada del público, por estar totalmente sometida al espectador.